

La perspectiva cristiana de Julián Marías

ALBERTO WAGNER DE REYNA

El breve libro que ha publicado Julián Marías a comienzos del año —“La perspectiva cristiana” (Alianza Editorial S.A., Madrid)— tiene, como él mismo lo señala en su prólogo, una larga historia: se prepara a germinar con el primer ensayo filosófico del autor, allá por 1935. En sus páginas ágiles y tersas se conjugan dos constantes de un pensamiento personal y sutil que es decoro, desde hace más de 60 años, de la alta cultura en España y en general del mundo hispánico.

De un lado, en la dimensión religiosa, vive el cristianismo acendrado y lúcido de vieja estirpe castellana; y, del otro, en la vertiente filosófica, prolonga la vigorosa meditación de Ortega, que marcha al compás de la metafísica contemporánea. Julián Marías es consecuente con ambas y, contrastándolas e integrándolas, nos presenta un cuadro valedero y coherente de la relación histórica y trascendente entre la humanidad y Dios.

El autor, para evitar desde el comienzo toda falsa interpretación “sociologista”, deja sentado que el cristianismo es primariamente una

religión (una re-ligación a lo sobrenatural), que lleva consigo una visión de la realidad. En ésta se establece, consecuentemente, un orden, una jerarquía, de hechos y cuestionamientos, una perspectiva que organiza esa visión. El hombre cristiano no percibe simplemente la realidad: la coloca en la perspectiva cristiana.

Este enfoque en perspectiva, que no es por cierto ajeno a la raíz orteguiana del pensamiento de Marías, determina que los diversos puntos, de “eterna actualidad”, que trata su libro, lo sean a la vez a la luz de la Revelación y desde la problemática actual, esto es a partir de la historicidad en que está inmerso y se realiza el hombre.

En el fondo la obra gira alrededor del tema ¿cómo se conjugan esta historicidad y la inmutable verdad del Logos divino?, ¿cómo la vida del hombre —que en su aspecto orgánico comparte con animales y plantas— participa en la Vida trinitaria de Dios, a la cual le dio acceso Cristo con su muerte?, ¿cómo puede ser fiel —o infiel— el *homo viator* a su doble pertenencia, en la encrucijada de los caminos de esta vida y de la otra?

En los distintos capítulos del libro, breves ensayos que a veces remiten a trabajos anteriores del autor, Marías desarrolla preguntas que suelen plantearse los cristianos —y no cristianos— de hoy, aclara hechos de lo pasado y presente, rehabilita aspectos encubiertos por prácticas adventicias, y ello en tono de conversación —pero sin mengua de profundidad—, de meditación, de confidencia.

A los 85 años —de mocedad— es él un hombre que todavía sabe asombrarse, y en efecto se asombra (recordando que, según Aristóteles —que algo sabía del asunto—, es éste el primer paso del filosofar) ante acontecimientos que a muchos parecen naturales o triviales, de suerte que no les merecen comentario alguno. Él, en cambio, los pone en tela de juicio, comenta y

explicita. (Sospecho que es esta pertinaz capacidad de asombro una de las circunstancias a que debe Julián su prolongada muchachez).

Como líneas rectoras a través del libro se pueden advertir, aparte la ortodoxia católica, segura y patente, que lo distingue, la historicidad de todo lo humano, el carácter personal (con la riqueza que este término sugiere) tanto de Dios como del hombre, la primacía de la caridad (amor) frente a la jurisdicción de la obligación, la afirmación de un optimismo deslumbrado por la Creación y el alto valor asignado a la libertad como respuesta al determinismo encubierto que, bajo diversos disfraces (teológicos, biológicos, sociales, económicos,...), amaga desde antiguo a la humanidad y con ella al cristiano.

El libro de Marías es, ya lo dijimos, la recapitulación —en Cristo— de su pensar y crear, una recapitulación de los problemas que enfrentamos los pobladores de este mundo secularizado a partir del cual nos proyectamos —algunos—, por entre dudas y escollos, infidelidades y desmayos, pero también gracias a esperanzas y certezas, hacia las verdades eternas. ¿Es sùmula de hodierna metafísica?, ¿vademécum religioso?, ¿historia del cristianismo?, ¿interpretación del agitado vivir desde la perennidad? No sabría decirlo. Quizás es un poco de todo esto o ninguna de tales cosas. Pero algo sí puedo asegurar: la perspectiva que nos abre Marías, y por la cual transita —y nos invita a acompañarlo—, es el camino de la verdad y la vida.